

Marisa charla con un grupo de personas sobre un tema que realmente le interesa y le preocupa, considerándolo de vital importancia para el triunfo de la verdadera democracia.

No se trataba de feminismo, sino de igualitarismo sexual.

Justo antes de salir de casa había reparado en que al final del libro de Hessel se hablaba de su primera mujer como la madre de sus hijos, y se precisaba que eran dos niños y una niña.

La verdad es que algo tan banal, le había dado que pensar.

Su mujer...

El posesivo, le había irritado, principalmente porque se repetía.

¿Es que para los varones era algo tan importante garantizar su paternidad?

Pues sí.

Al menos su propio padre no había sido uno de esos.

Quizás tenía ya otra familia, porque los hombres son incapaces de prescindir de una mujer, y lo peor es que jamás estarán dispuestos a admitirlo.

Primero dependen de su madre, luego de su esposa, y finalmente de su hija, o a falta de ella, de una hermana.

Todos fueron y serán así.

La santísima trinidad moderna, Marx, Freud y Nietzsche, no se diferenciaron en absoluto de los demás.

El genial Einstein también vivió siempre bajo las faldas de alguna mujer.

Y su primera esposa, Mileva Maric, no sólo se encargaba de las tareas domésticas aún habiendo realizado ambos los mismos estudios, sino que también le ayudaba con la física.

Si eso no está mal, apoyarse mutuamente es la clave para triunfar, pero no querer reconocerlo es una verdadera canallada.

La verdad es que no hay obra maestra humana en la que una mujer no haya tomado parte, porque la humanidad sólo crea mediante la conjunción del ying y el yang, lo masculino y lo femenino.

El problema radica en negarse a reconocerlo.

Así los varones, guardándose ese as en la manga como vulgares fulleros, han traicionado a la mitad de la especie humana durante siglos y siglos.

Qué les costaría ser justos y hablar abiertamente de la participación de sus colegas, amigas y colaboradoras con naturalidad.

Lograr esa equanimidad, supondría una revisión de toda la historia humana, pero merecería la pena.

Si realmente se pretende lograr algún día la igualdad de las personas, habría que comenzar por ahí.

Y el primer paso para dejar de obviar a través del lenguaje a la mitad de la humanidad, sería comenzar a emplear el sustantivo persona, con lo cual los plurales de los adjetivos serían siempre femeninos.

Eso acababa de proponérselo a las personas que le rodeaban, que parecían convencidas de la trascendencia de dicho cambio en cuanto a igualdad política.

Si en la teoría era así, también podría llegar a convertirse en una práctica común.

Estaba claro que costaba arrancar, pero tampoco era tan difícil hablar en femenino, y algo tan simple podría representar una nueva ley revolucionaria.

Para ella estaba claro que en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de la que Hessel tanto se enorgullecía, subyacía la incesante labor, el trabajo y la acción política de Eleonor Roosevelt.

Y mantiene que ella había influido más positivamente en la historia que Marx.